

Carlos Monsiváis

Crónica de San Juanico:

los hechos, las interpretaciones, las mitologías

1. Panorama del desastre

I. LA CATASTROFE

A las 5.40 horas de la madrugada, aproximadamente, el lunes 19 de noviembre de 1984, “el cielo se encendió de golpe” en San Juan Ixhuatepec o San Juanico, una colonia popular del estado de México. Por la fuerza de la explosión en las instalaciones de Pemex, la primera de siete en cadena, las llamas —se dijo— alcanzan en algún momento los dos kilómetros de altura y vuelan a 300 metros o más los tanques de acero, de 12 metros de largo y 2.5 metros de diámetro, y más de 30 toneladas de peso (hay pedazos de tanque que viajan cerca de dos kilómetros). El hongo ilumina un ámbito enorme, que incluye los municipios de Santa Clara, Tlalnepantla y Ecatepec.

(En San Juanico, el gas proveniente de las refinerías de Poza Rica, Minatitlán, Coatzacoalcos y Azcapotzalco, se almacenaba en dos esferas, cada una con capacidad de 15 mil barriles de gas butano, y en 22 tanques salchicha.)

Según la cronología establecida por Eduardo Barceló (*El infierno tiene nombre... San Juanico*, Editora Moderna, México, 1985), la segunda explosión ocurre a las 5.48 horas. El fuego devasta a San Juan Ixhuatepec. En muchas casas, todos los habitantes mueren en el instante, familias enteras abrazadas en la desesperación o aún dormidas. Los demás salen a la calle como pueden, en pijamas, calzoncillos o absolutamente desnudos, en el pleno estupor de la huida. Algunos van envueltos en llamas. A las 6.20 horas, la tercera explosión, de alcances mucho mayores. Un tanque “salchicha” se precipita y destruye un garage y un segundo piso. Calor extremo, luz enceguecedora, temblores de tierra, ruinas, hoyancos, montañas de cascajo y el “diluvio ígneo” que arrasa las casas y los enseres, y

profundiza el paisaje de escombros, lamentos, cuerpos calcinados dentro y fuera de las viviendas. Humo, polvo, olor omnipresente a gas. El espectáculo convoca de inmediato las asociaciones apocalípticas que locutores y público repetirán a lo largo del día: “Esto parece el fin del mundo”. En los sitios vecinos, hombres y mujeres se arrodillan a media calle y rezan.

A las 6.22 horas acuden los primeros carros de bomberos del Distrito Federal, al mando del coronel Benito Pérez González. A las 6.24, la cuarta explosión. Otro tanque “salchicha” cae sobre tres viviendas. A las 6.30, ambulancias del D.F. y del estado de México. Se inicia la coordinación. A las 7 de la mañana, la radio informa de la destrucción de 600 casas. Quinta explosión, menor, a las 7.03 horas. Siete minutos después, arde una esfera de gas butano y la lengua de fuego alcanza más de ochenta metros de altura.

La radio y la televisión difunden testimonios. Uno típico, el de Hermelinda Gómez Cruz, secretaria de 19 años, que le cuenta al reportero Rubén Martí (*El día que el fuego destruyó San Juan Ixhuatepec*):

Serian las seis de la mañana. Toda la colonia parecía un gran infierno. Yo me había dado cuenta de cuatro o cinco explosiones. En mi casa todo se había sacudido; escuché muchos gritos de mi mamá, de mi papá, de mis hermanos y mis tíos, éramos nueve en total. No podía darme cuenta de nada, sólo veía que todo el mundo corría; era de madrugada pero la luz del fuego era tan intensa que parecía como si fuera el mediodía; les grité a mis familiares, pero parece que nadie me escuchaba; me tapé como pude con una cobija y salí a la calle; afuera todo era correderos y alaridos; entre las explosiones y el fuego se escuchaba algo así como el ruido de un avión, creo que era el gas que se salía; comencé a caminar porque no se me ocurría otra cosa, tropecé con algo que casi me hizo caer, cuando advertí que era un cuerpo en la banqueta y sentí que olía a carne quemada, me sacudí de miedo y me volví loca. Caminé mucho, mucho rato, no me acuerdo cuánto ni por dónde, hasta que unos ambulantes me encontraron y me subieron a una camioneta, me llevaron a la Villa de Guadalupe y no supe más... ¡Papacito! ¡Mamacita! ¿Dónde están? Mire, ya los busqué por todas partes. No están en ninguna lista de heridos, ni los de Locatel. Dios mío. Yo creo que todos murieron. Después quise ir a la casa, pero unos soldados no me dejaron acercarme. No sé en dónde buscarlos. . .

II. EL HEROÍSMO

Desde las siete, el esfuerzo del cuerpo de bomberos se concentra en impedir la explosión de la esfera, que provocaría un desastre aún más drástico. Los bomberos y los socorristas (de la Cruz Roja, la Cruz Verde, etcétera) inician la evacuación de los habitantes de las colonias aledañas a San Juanico. A las 8.10, el III Batallón de la Policía Militar acordona la zona, evita el paso a los sitios más riesgosos y dirige la salida de quienes aún se resisten a hacerlo. Los socorristas trasladan heridos, muchos de ellos mutilados y en condiciones muy graves, a distintos hospitales.

Se corre sobre cadáveres. En la carretera México-Pachuca el tránsito se congestiona. Los damnificados suplican se les aleje del infierno. El Rancho Grande de la Villa y la explanada de la estación Indios Verdes del Metro son vastos campos de refugiados. El humo negro de las esferas impregna la atmósfera de gases tóxicos. Eduardo Barceló traza conmovidamente un panorama del caos: queda hecha trizas la vía del ferrocarril que pasa entre la gasera y las primeras casas de lo que allí se llamaba la “cepe” (Ciudad Perdida); los tanques de gas empujados por las llamas rebotan amenazando alcanzar las instalaciones de las gaseras privadas; los autobuses de la Ruta 100 y vehículos particulares se llevan apiñados a los habitantes de la zona. Cada “redivivo” acumula anécdotas del horror: la huella sobre las aceras de pies ensangrentados; las lenguas de fuego que en un segundo desaparecen personas; el pánico que se multiplica en gritos al vacío: “Sálvense. Todos afuera. Esto va a explotar. Es el fin del mundo”; las teas humanas que se revuelcan en la calle sin que nadie pueda auxiliarlas; los bomberos que le solicitan a socorristas y periodistas: recen por nosotros; el zumbido del gas; el silencio en los autobuses atestados; los 200 000 evacuados por el Sistema de Transporte Colectivo; los heridos graves y los agonizantes en los hospitales.

A las 8.20 horas, se presenta el general Ramón Mota Sánchez, secretario de Protección y Vialidad. Minutos después, el gobernador del estado de México Alfredo del Mazo. A las 9 de la mañana, las últimas explosiones, ya sin consecuencias. A las 10.30 horas, el Presidente de la República, Miguel de la Madrid, ordena la ejecución del Plan DN III. A las

11, el general Mota declara la situación bajo control. Los socorristas —cubiertos con tapabocas— entran a las casas, van y vienen, multiplican esfuerzos, traen heridos, muertos o solamente, en bolsas de poliuretano, restos mutilados (cuerpos sin cabeza, brazos, piernas, cenizas). En las calles, aúllan los animales quemados. Los policías los sacrifican para ahorrarles sufrimientos.

Los granaderos controlan la situación y evitan el saqueo. Durante quince horas, soldados, socorristas y policías remueven escombros, atienden heridos, juntan huesos y cenizas, calman como pueden los interminables brotes de histeria, Juan Martín Chávez, socorrista (del Cuerpo de Socorro Voluntario) le cuenta a Barceló:

No nos dejaban pasar, pero como a las 7 pasaron las ambulancias de mi grupo y corriendo los alcancé. Así pasamos el cordón y comenzamos a trabajar. Lo primero que vi fue a unos socorristas de la Cruz Roja que sacaban bolsas y petacas llenas de miembros humanos. Todo olía a gas y a carne quemada. Vivos, de los habitantes no había, sólo muertos. No puedo decir cuántos vi. Si cien o mil. Tal vez exageraría o me quedaría corto. Pero eso era espantoso. Yo creía que ya estaba curtido en eso de ver muertos y sangre, pero fue pavoroso ver cómo se revolvían cadáveres de animales y humanos. Todos los cuerpos estaban mutilados y quemados. Compañeros que llegaron desde temprano me platicaron que por la mañana habían visto ríos de lumbre que se lanzaban sobre las personas que corrían tratando de alejarse entre gritos desgarradores. Al ver aquel cuadro de brazos y piernas, al tratar de levantar cadáveres que se deshacían entre las manos, sentí enloquecer. Pero si lo que vi en la noche fue feo, lo que presencié el martes por la mañana fue espantoso. Había huellas de sangre por todas partes, como si hubieran salpicado el asfalto, las paredes, las fachadas de las casas. El lodo estaba revuelto con sangre y había cuerpos tirados por todas partes. Sacaban los cadáveres en camiones de redilas. Definitivamente es mi más dura experiencia como socorrista.

Los bomberos y los técnicos de Pemex permanecen junto a las esferas, sin retroceder, con estoicismo. A las 13.15 horas, dejan que se continúe quemando el gas de tanques y esferas hasta que se consuma totalmente.

III. EL ÉXODO Y LA SOLIDARIDAD

Como pueden, de la zona afectada escapan medio millón de personas, semidesnudas, descalzas, llagadas, gritando, rezando “La Magnífica” obsesivamente. La televisión empieza a transmitir y la noticia suspende gran parte de las actividades en la ciudad. Millones en la capital y en el resto del país siguen con atención los acontecimientos. Los locutores prodigan vocablos paroxísticos: “infierno, escenas dantescas, tremebundo, horrible”. Nada alcanza la contundencia de las imágenes: los depósitos ardiendo, el llanto, la búsqueda de los familiares, las camillas que transportan restos, los heridos, la felicidad dolida de los sobrevivientes, las frases convulsas (“Perder un hijo duele mucho, pero perder la esperanza es como morir”), los ancianos que arrastran niños y salvan algunas de sus escasas propiedades.

Se organiza el desalojo de las colonias San Juanico, Unidad CTM, Cerro Gordo, Caracoles, Constitución de 1917, San Miguel y La Calavera. En otros lados, se generaliza el éxodo (cerca de 300 mil personas abandonan sus hogares). Dentro de lo posible, la respuesta a la catástrofe es eficaz. El gobierno federal y el del estado de México movilizan todos sus recursos: patrullas, ambulancias, camiones de la ruta 100, médicos, enfermeros... El ejército y la policía atienden los congestionamientos de tránsito. Se cierra la carretera México-Laredo a la circulación, de los Indios Verdes a Ecatepec, y sólo se permite el paso a unidades de rescate, bomberos y policías.

Se habilitan todas las camas disponibles en los centros médicos y, al colmarse el cupo, se improvisan hospitales en albergues, escuelas, casas y en la antigua Basílica de Guadalupe. Surge de inmediato la ayuda del pueblo (de la sociedad civil) cuyo fondo visual a lo largo del día es la hazaña profesional y humana de bomberos, médicos, socorristas, trabajadores voluntarios. Aparece una red de convoyes de ayuda. La gente compra en los almacenes, para regalarlos de inmediato, pañales, biberones, Cobijas, leche en polvo. En casas y restaurantes se hierven miles de litros de agua para los pequeños. Se juntan cerros de ropa, zapatos y medicamentos. En autos particulares y en taxis se llevan a los sitios señalados dinero, comida, abrigos, suéteres, sacos, chamarras, pantalones, sueros. Los vendedores

ambulantes regalan su mercancía: juguetes, tamales. Es enorme la contribución en efectivo. En casas y departamentos se atiende a los damnificados. Centenares de médicos, enfermeras y monjas, se presentan en los albergues. Gente muy pobre regala sus anafres para hacer café y sopa. Todas las organizaciones (sindicales, partidarias, religiosas, civiles) prometen y dan ayuda. Como nunca, de todas partes, se envía expresiones de simpatía y ayuda concreta. En el albergue instalado en el Politécnico, se atiende durante el día a 18 mil personas, y sobran víveres.

Movilizados por la televisión y la radio —la información de Televisa fue muy importante; modesta, la de los canales oficiales 13 y 11— millones de individuos se apropian emotivamente de la tragedia, se enteran de sus proporciones, se afligen y desean cooperar. *La solidaridad*, el término tan prodigado en relación a San Juanico, es fenómeno genuino, espontáneo, conmovedor, una respuesta inesperada para quienes veían (veíamos) en la crisis económica al gran potenciador del egoísmo. Luego, algunos afirmarían que se trata de una “solidaridad manipulada” por Televisa. Nada más falso. En su concreción inesperada y admirable, la solidaridad no fue el encuentro de la cursilería y el autoelogio nacional que, adulonamente, quisieron fijar funcionarios y comentaristas. Fue algo más sobrio y sencillo: la preocupación por *seres como uno*, la necesidad de corresponsabilizarse por la tragedia, de igualarse con las víctimas a través de actos de amor anónimo.

Entrevistados, los donadores de sangre repetían, casi sin variantes, la misma frase: “Son nuestros hermanos y hay que hacer algo por ellos”. Hay antecedentes de esta generosidad infalsificable (uno notorio, la ayuda a las víctimas del terremoto de Managua) pero jamás, en las décadas últimas, se habían mostrado a tal punto, en potencia y acto, la compasión y el desprendimiento que, de entrada, renuncia a cualquier gratitud o reconocimiento. Fue, si se quiere, la solidaridad del pueblo consigo mismo, un esfuerzo democratizador desde abajo. Quienes ayudaron —arriesgando sus vidas en la zona del desastre, dando dinero y objetos, asistiendo a las víctimas en los refugios improvisados, llevando a sus casas a los prófugos de la explosión— sabían muy bien, aun- que no lo verbalizaran, que ejercían sus derechos humanos y civiles, y hacían suyo ese pacto nacional que por lo común ignoraban.

En este orden de cosas, no tiene el menor sentido la tesis de la manipulación, que sólo reitera, con frases “comunicológicas”, la vieja idea del “pueblo de borregos”. ¿Qué argumentos más persuasivos que los contemplados en la televisión, los testimonios oídos en

la radio, los ríos humanos desgajándose desde los cerros, en harapos, sangrantes, con miradas de extravío y temor? No niegan tampoco la existencia de una hazaña popular los cientos de policías o civiles que entraron a las casas abandonadas para llevarse aparatos eléctricos, ropa, pequeños muebles. Interrogados por los reporteros de Televisa —jueces providenciales del Gran Milenio— los ladrones no conseguían armar justificación alguna. Con los objetos robados en la mano, estos “buitres” o “aves de rapiña”, lo confesaban todo desde el aspecto: en su mayoría, actuaron por hambre, por necesidades perentorias.

Será el abuso retórico desde el día mismo de la tragedia, lo que distorsione la presencia de la solidaridad. En pos de una explicación general, los funcionarios ven en la consecuencia a la causa: “El accidente probó la magnífica solidaridad del pueblo. Somos un país unido en lo esencial”. Si algo, “el accidente” prueba la falta de solidaridad que norma la vida nacional, el desdén ante la vida humana, la desunión esencial. La repetición de la fórmula “San Juanico y la solidaridad” identifica publicitariamente ambos términos, y oculta, de modo creciente, un impulso extraordinario.

IV. LA NUEVA FUNDACIÓN DE AZTLÁN

Todos lo sabían pero nadie lo creía. Pese a lo dicho en contrario en los primeros días, el poblado de San Juan Ixhuatepec o San Juanico ya existía en 1961, cuando Pemex inicia la construcción de la planta almacenadora y distribuidora de gas. Según el reportaje de Cabildo, Campa y Hernández (*Proceso*, 421), su historia es la típica de la expansión del estado de México, la depredación habitual: a una ampliación urbano-ejidal de 1925 la sucede, en los sesentas, el crecimiento desenfrenado, producto de la necesidad de vivir lo más cerca que se pueda del Gran Surtidor de Empleo, la capital. Las 300 hectáreas de la zona, propiedad de ejidatarios (que emigran) y de latifundistas urbanos, reciben a oleadas de “paracaidistas”, muy probablemente dirigidos, el gobierno federal expropia los terrenos ejidales, y los latifundistas (Rosa Morales, Eduviges Soriano y Mena Rum) fraccionan y venden sus terrenos con óptimas ganancias. La estrategia atribuida a Carlos Hank González (“Adquiere grandes extensiones a bajísimos precios, aguarda, deja que te invadan una parte, haz que el gobierno que es también tu socio te compre a precios altísimos la zona invadida,

y fracciona el resto”) se aplica en San Juanico con leves variantes. En 1977, se inicia la regularización de la tenencia de la tierra y esto, aunado a la prestación de servicios, intensifica los asentamientos. A principios de 1984, según el censo de Tlalnepantla, la zona de San Juan Ixhuatepec cuenta con una población fija de 45 mil habitantes y una población flotante de otros 25 mil. Estos datos son seguramente muy moderados.

Las imágenes captadas por los camarógrafos de TV que recorrieron en helicóptero las zonas contiguas al desastre, corroboran lo evidente: en todo el Cinturón Conurbano ha sido muy rentable “la falta de previsión” de los gobernantes que, por lo común, han aprovechado la expansión inevitable (los inmigrantes “votan con los pies” y le confieren a sus “hacinamientos monstruosos” la racionalidad de la sobrevivencia) y han desprendido de allí fortunas o, en el caso paradigmático de Carlos Hank, imperios económicos. Como los de Ecatepec o Ciudad Nezahualcóyotl, los habitantes de San Juanico llegaron a su destino por rumores o avisos de parentela, se instalaron lo más cerca que pudieron de la frontera del empleo (la Tercera Frontera de México) en casas de cartón al principio y luego de materiales baratos, y lucharon dificultosamente por agua, luz, drenaje, pavimentación, escuelas, transportes, atención médica. Son la-Suburbia-a-su-pesar, quienes viajan dos o tres horas diarias para arribar al sitio de la chamba y de regreso; quienes viven rodeados de automóviles de segunda mano, de refrigeradores usados, mobiliarios chafa, promesas de aumentos de salario, ilusiones postergables sobre el porvenir de los hijos. Equidistantes, los Administradores Públicos (hasta hace muy poco, funcionarios-fraccionadores, y funcionarios-empresarios) lucran y usan el tiempo público de su mandato en obras costosas y no siempre inútiles, posposición de problemas y autoexaltaciones. No hay de otra, la tradición es la imposibilidad de cualquier proyecto democrático de crecimiento urbano. “No hay forma, nos vencen las circunstancias, la incontinenencia demográfica.” Cada resignación engendra la siguiente.

V. LA BOMBA DE TIEMPO

Por una u otra razón, en la información sobre San Juanico, tan colmada de entusiasmo “ante la solidaridad, que borraba todo lo demás” se omitieron hechos básicos:

- la concentración en la zona, que contravenía medidas expresas, de empresas gaseras: Unigas, Velagas, Gas y Servicio, Bello-Gas, Gas Metropolitano y Gasomático, que proporcionaban más del 40% del suministro al Distrito Federal.
- la violación por parte de Pemex del Instructivo para la Proyección y Ejecución de Obras e Instalaciones Relativas a Plantas de Almacenamiento de Gas Licuado de Petróleo, de la Ley del Petróleo, que señala en el artículo tercero:

Las plantas de almacenamiento se ubicarán fuera de las zonas residenciales y lugares densamente poblados o construidos. Su ubicación requerirá aprobación previa de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Las construcciones colindantes deberán estar libres de riesgos probables para la seguridad de las plantas y no se permitirá que en ellos se establezcan estos riesgos (publicado en el *Diario Oficial*, 21 de diciembre de 1970).

- la irresponsabilidad ante las denuncias constantes sobre las condiciones de seguridad en San Juanico. El 22 de agosto de 1984, un incendio obligó a la gente a salir todo el día de sus casas. El señor Antonio Noriega le contó al periodista Barceló: “Dijeron que se habían quemado unas cajas de madera y unas tablas, pero la verdad es que algo andaba mal porque también tronó muy feo todo, aunque no como en esta ocasión. Y luego, desde ocho días antes de esta tragedia, empezó entre la gente el escándalo del gas, porque el mechero despedía llamas para todas partes y la lumbre se hacía bolas arriba. Protestamos y algunas personas dijeron que no había falla en las instalaciones, sino que se trataba de descuidos, porque los empleados de seguridad de Pemex se emborrachaban en horas de trabajo”.
- la indiferencia ante las denuncias de técnicos: falta de mantenimiento y fatiga en las tuberías de Pemex; altos riesgos por la cercanía del consorcio gasero, en contravención de las disposiciones de la Secretaría de Industria y Comercio.
- el grave peligro de una toma sin medidor que conectaba directamente al área de bombas de la planta de Pemex con las instalaciones de Unigas. Esto es parte de

la intensa corrupción que desde el gobierno de Miguel Alemán, se genera con la entrega de gasolineras a políticos, artistas, ex-funcionarios y funcionarios de Pemex, y la concesión del gas a particulares, con el argumento de que era incosteable. Denuncia el señor Salvador Hernández (*Proceso*, 421), quien trabajó 17 años en la planta de San Juanico:

En el fondo, para nosotros, hubo corrupción. Tenemos conocimiento, es un secreto a voces entre los trabajadores, que existe una línea derivada, simulando la purga a uno de los drenajes, que va a comunicar con el río de Los Remedios. Pero esa línea tiene por un lado lo que se conoce como un “By Pass” (paso paralelo), supuestamente para utilizarse cuando se bloqueara el medidor. Por la noche, se cerraba una llave para abrir la otra y dar paso al gas que llenaba los tanques de las compañías gaseras sin registrar a Pemex. Esto lo pusimos en conocimiento de la policía de Protección y Seguridad de Pemex el año pasado y no sabemos en qué paró todo.

- según los vecinos, en días anteriores a la tragedia, el olor de gas era más penetrante que el habitual, y el gas, al salir, producía un zumbido similar al de los jets. También, el fuego del quemador, conocido como “mechón”, lanzaba llamas calificadas de anormales (E. Barceló), y horas antes del desastre, cundieron los signos de peligro.
- un testimonio insospechable: el secretario general del Sindicato de Trabajadores Petroleros, Salvador Barragán Camacho declara: “Desde hace años, el sindicato ha demandado que se haga una revisión general de todas las instalaciones de Petróleos Mexicanos para garantizar las medidas de seguridad. Las instalaciones están deterioradas o son deficientes... Son muchos los 18 de marzo que el Sindicato ha reiterado que se hagan revisiones a fondo para evitar siniestros como el ocurrido el 19 de noviembre” (el senador Barragán se desdijo dos días después, felicitando a Pemex).

A juzgar por los testimonios (no refutados), un sector considerable de los habitantes de la zona, y de San Juanico en particular, estaban conscientes del riesgo que corrían, y sin

embargo no abandonaban el sitio no tanto por fe en las declaraciones del gobierno, sino por la desesperación tranquila y, con frecuencia, sonriente, que engendra la falta de alternativas. Enterados inevitablemente de su situación, no se quedaron allí por inconsciencia machista, sino por la primera seguridad de la sobrevivencia: el hogar propio. Como millones de mexicanos a lo largo del país (por condiciones laborales o habitacionales), veían en la contigüidad del peligro otra de las condiciones de la pobreza, y usaron a modo de compensación psicológica la fe implícita o explícita en su buena suerte. Fueron presas de la falta de opciones (¿a dónde ir que no haya problemas?), de la mala fe de fraccionadores, del descuido de expertos de Pemex y autoridades locales y estatales... y de la desinformación: ¿qué resonancia nacional han tenido los otros desastres humanos causados por errores operativos de Pemex? ¿Qué datos confiables había (y hay) sobre los cientos de kilómetros de gasoducto que atraviesan la ciudad de México, con tuberías en pésimo estado, instaladas hace 30 o 40 años?

VI. LOS PODERES DE TELEVISA

El día de la tragedia se reiteraron los usos ilimitados de la televisión y —lo que no es lo mismo— la eficacia de Televisa cuando sólo está parcialmente al servicio de sus fines habituales. El espectador se ha acostumbrado a ver en el modelo de Televisa al sentido genuino de la televisión, y de esa identificación tan vigorosa Televisa desprende estilos arrogantes, y seguridades de que lo dicho desde la pantalla es la verdad estricta. Cuentan con una certeza: la propuesta única de verdad es la verdad única, en mundos sin alternativas. Por si a alguien le puede interesar, se probó que la mayor fuerza del monopolio deriva, en primera instancia, de esa confusión entre *medio electrónico* y *uso comercial del medio*, y luego, de la creencia en el maniobreo gubernamental en materia informativa (parte del recelo generalizado hacia lo estatal). Con increíble torpeza, en el canal 13 se minimizó la tragedia en las primeras horas y se responsabilizó a Unigas, mientras se procuraba hacer pasar por dolido aturdimiento su pobreza de recursos técnicos y humanos. En este panorama, Televisa fue, sin objeciones, el centro coordinador de la información y un vehículo muy importante de la solidaridad.

¿Qué es *lo confiable*? En el ámbito de los medios electrónicos, lo más frecuente, lo institucionalizado por la repetición. La condición “hogareña” de los locutores, su integración forzada al ámbito casero, fue un factor que contrastó con la lejanía y la falta de rostro público de la mayoría de los funcionarios que, por lo demás, malgastaron casi todas sus intervenciones telefónicas y sus declaraciones en el autobombo gubernamental, y en anticipar la gratitud popular. O, en los casos extremos, en el regaño y la incomodidad contenida a duras penas. Así, memorablemente, el director de Pemex Mario Ramón Beteta, a la pregunta de si Pemex indemnizaría a las víctimas, repuso: “Si de indemnización se habla, ojalá a nosotros también nos toque”. Solemne, el gobernador del estado de México, se enfadó con la prensa, le exigió rigor y freno al amarillismo para que ya no difundieran irresponsablemente la cifra ¡de 60 muertos! ¿Qué se pretendía? ¿Allegarle a Pemex despensas y ropas? ¿Medir cuantitativa- mente el desastre? ¿Suavizar el pánico rebajando las cifras?

Sin espacio propio (sin considerar, de hecho, al canal 13 como algo que les perteneciera), funcionarios y líderes sindicales le rindieron cuentas a los locutores Guillermo Ochoa y Jacobo Zabłudovsky, usaron a Televisa como tribuna y confesionario e hicieron esfuerzos casi siempre patéticos para disimular su nerviosismo (acostumbrados a la docilidad del manejo de prensa, y no a la inmediatez de la televisión en instantes críticos). Mientras, los espectadores hablaban para ofrecer ayuda, aportaban datos, veían a la solidaridad convertirse en un espectáculo paralelo al de las implacables imágenes mortuarias.

Para comunicarse con las masas, los funcionarios sólo confían en la Televisión; para enfrentarse a la televisión los funcionarios sólo disponen de consejos mal retenidos sobre la serenidad y la seriedad.

VII. EL DUELO

Cinco horas después de la explosión inicial arriban al Centro Cívico de Tulpetlac, estado de México, los primeros cadáveres, mutilados y desfigurados, que se registran como desconocidos. Desde ese momento, una preocupación oficial es filtrar a cuentagotas la dimensión de la catástrofe. A mediodía, se habla de ochenta muertos. En la noche, se

reconocen 100 o 150. Sin embargo, los periódicos de la tarde abundan en cifras mucho más dramáticas. Uno de ellos dio cuenta del hallazgo de cerca de 400 cadáveres de obreros y trabajadores de la Planta de Distribución de Productos Refinados y de Unigas (posteriormente, se negó el hecho). A lo largo de una semana continuó el forcejeo y, a la postre, se admitieron cifras: 500 muertos; 2 000 heridos; 10 000 damnificados; 1500 casas destruidas. Los vecinos de San Juanico y de los alrededores han insistido en que estas cifras son un escamoteo fúnebre. ¿Quién contabilizó? ¿En cuántas ocasiones no metieron en féretros tres o cuatro restos humanos? ¿Cómo dar cuenta exacta de los volatilizados? ¿Quién llevó el registro de los desaparecidos? ¿Cuántos se desintegraron sin dejar literalmente huella? Los vecinos calculan unos 2 000 muertos por lo menos. Su palabra contra la de las autoridades, las agencias del Ministerio Público de Tlalnepantla, Ecatepec y Xalostoc.

El 20 de noviembre se amplía a marchas forzadas el cementerio en las faldas de un cerro en la colonia Caracoles. Rubén Martí describe el traslado en ambulancias, carrozas y camiones de redilas. Una manta: “Exigimos la verdad en el número de muertos. No más mentiras”. Pocos familiares de las víctimas. A la mayoría se les inhumó sin identificación (sólo 16 de los 296 sepultados son reconocidos). El entierro se apresura porque las autoridades sanitarias temen una epidemia, por el estado de descomposición de los restos. Un sacerdote ciego preside los oficios. No hay funcionarios presentes, ni siquiera los municipales. Los voluntarios cargan los ataúdes y cuando el bulldozer que abrió las zanjas se dispone a cubrirlas, solicitan ser los sepultureros. Sobre los féretros se depositan capas de cal y argamasa, para prevenir brotes infecciosos. El entierro dura hora y media. Son trescientas mil personas en la valla fúnebre a lo largo de Ecatepec, y cinco mil los asistentes en el panteón.

VIII. LA RESPONSABILIDAD

El primer día, el culpable es otro. El director de Pemex responsabiliza a la empresa Unigas. El vocero oficial de Pemex, Salvador del Río afirma: “La terminal de almacenamiento de Ixhuatepec operaba sin ningún contratiempo hasta el momento del incendio, de lo que se

infiere que el fuego se inició en el exterior”. El primer comunicado de prensa de Pemex es categórico: “El fuego se comunicó a la planta desde un área vecina. La prueba es que el bombeo de los ductos hasta la planta de Ixhuatepec se mantuvo a su nivel normal hasta las 6.40 del lunes 19, posteriormente a que se recibió el reporte de la explosión. Ello indica que la operación de la planta era la adecuada”. El secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal, Francisco Labastida, descarta que el incendio se iniciase en Pemex y precisa que *fue* en Unigas. Luego informa: no se reconstruirá la planta de San Juan Ixhuatepec y en su lugar se construirá un parque de recreo; se cuidará ya el respeto escrupuloso a las nuevas medidas de seguridad.

Hay promesas de inmediato: 4 000 millones de pesos a un plan de financiamiento para la reconstrucción de casas dañadas (cortesía del Fondo de Solidaridad de los Trabajadores); 600 casas en un nuevo fraccionamiento; seguridades de restitución del patrimonio. Hay altruismo: del 19 de noviembre al 14 de diciembre, las donaciones de instituciones públicas y privadas ascienden a 648 millones, 600 000 pesos. (En febrero de 1985, el total es de 750 millones.) Y hay el deseo de aplazar el dictamen. El 22 de noviembre, el licenciado Beteta asegura: “Es imposible conocer las causas de la explosión de la planta de gas”, y el 26 de noviembre, ante la Comisión de Energéticos de la Cámara de Diputados, reitera: “El accidente no se inició en la planta de Pemex, ya que las instalaciones son sometidas a una rigurosa vigilancia y a un mantenimiento”. Ya en diciembre, el Director es más humilde: “Es imposible conocer las causas de la explosión y en dónde se originó”. El 18 de diciembre, ante el Presidente Miguel de la Madrid, asume a nombre de Pemex la responsabilidad moral. Luego, casi sorprendentemente, la rendición. El 27 de diciembre, Pemex acepta el informe de la Dirección de Servicios Periciales de la Procuraduría General de la República, según el cual el siniestro se origina en una fuga masiva de gas en el sector de tanques horizontales de las instalaciones de Pemex. Recapitula el dictamen, luego de señalar su condición de fruto de una indagación exhaustiva:

Hubo un estallido como consecuencia de la fuga de gas, que presumiblemente tuvo su punto de ignición en un quemador de la planta de Pemex, en donde posteriormente ocurrieron explosiones de tanques y otros artefactos.

Concluye la Dirección de Servicios Periciales: Pemex deberá entregar a las autoridades la cantidad necesaria para efectuar los resarcimientos por daños materiales en los bienes, y cubrir indemnizaciones en daños personales. Contrito el ánimo, Pemex anuncia el pago del 2 al 22 de enero de 1985. La primera cifra probable: 500 millones de pesos. Después, los damnificados exigen tres mil millones.

IX. “EL ACCIDENTE”

Por más que todavía se repita, nunca se justificó el uso del término *accidente*, aplicado al desastre de San Juanico. Lo contrario de *accidente* no es por fuerza *sabotaje*, sino *negligencia institucional*, lo que se aclara si recurrimos a una definición clásica: “*Accidente*: suceso eventual que altera el orden de las cosas”. El orden de las cosas en San Juan Ixhuatepec (descuido, corrupciones mayores o menores, olvido programado de las condiciones de seguridad, desatención de las protestas, jactancia que considera imposibles los percances de consideración, fe en el círculo protector de las inercias) no se alteró, sólo alcanzó su culminación dramática y allí encajó perfectamente la catástrofe.

En materia de seguridad pública, son muchos años de permitirlo todo, con la certidumbre de que “nada pasa” (de que nada les pasa a quienes, desde sus resguardos privilegiados, lo permiten todo)... *Aquí hay un poblacho. ¿Instalamos la planta?* Seguro, nunca se quejan y por si lo hicieran, les enumeramos los beneficios: posible empleo para sus hijos, clientela para los pequeños comercios, mayores facilidades de transporte. *Aquí vienen más y más precaristas y prófugos del campo. ¿Los corremos? ¿Para qué?* La incontinencia sexual del ocio aniquila cualquier control, vendrán otros, nunca le temen a nada, lo peor ya les pasó y, además, aquí no hay peligro, no nos haremos mala sangre si unos necios deciden jugársela. Si les advertimos del riesgo, crece la alarma. Si crece la alarma, habrá que revisar equipos y modificar sistemas. Si a resultas de la revisión, se decide adquirir equipos nuevos, no nos tocarán a nosotros los porcentajes. Así que allá ellos.

Y el superintendente se encoge de hombros, y el perito sonríe, y el alto empleado piensa en su ascenso, y el representante del estado de México firma, y los superiores aprueban, sin saber y sin desconocer, ya montada la mecánica del desdén, la impunidad y sordera (entre

las revelaciones de San Juanico, figuran tres actas de la Comisión Mixta de Higiene y Seguridad Industrial, del 17 de septiembre, 5 de octubre y 5 de noviembre [Proceso, 423], sobre el peligroso estado de las instalaciones de Pemex, el descuido en el mantenimiento, las válvulas de hidrantes que no sellan, la falta de iluminación, el material dañado, las mangueras y acopladoras en mal estado, la urgencia de retirar pasto y basura...)

¿Qué tan persuasivas resultan las campañas ecológicas? No mucho, mientras se anuncie que los peligros se remiten al año 2000, o recaen sobre contingentes populares y generaciones venideras. Desde hace una década por lo menos, grupos de profesionistas, científicos, intelectuales, periodistas, han señalado el atropello ecológico y humano que comportan las operaciones de Pemex, lagos y océanos contaminados, desaparición de especies marítimas y selváticas, violación de derechos campesinos, grave envenenamiento de la atmósfera. La respuesta implícita rinde culto al Progreso: “Quien quiera vivir en una nación moderna, que no llore por la contaminación ambiental. Fíjense en Tokio y en Los Ángeles. Comemos del Petróleo, no de los rezos ecológicos”. De vez en cuando, los administradores se dan por enterados de las denuncias de grupos o comunidades, se irritan ante “las falsedades y calumnias”, prueban con cifras recién hechas que la contaminación en México es inferior a la de Nueva Guinea, y se deleitan con la publicidad de aquietamiento cívico que termina, subterráneamente, nutriendo el humor “aliviado”: Lo Verde es Vida.

Casi siempre, un silencio que en sí mismo es una mentira. En esto, ni Pemex ni el complejo industrial se apartan del hábito más profundo de la sucesión de regímenes “de la Revolución Mexicana”: el rechazo de la autocrítica, asociada siempre a la confesión de debilidad. A la letra, el silogismo dice: gobernar es jamás compartir el mando; actuar por presión de la crítica es compartir el mando; ergo, quien incurre en la autocrítica está dejando de gobernar. Mejor, negar la evidencia de los hechos y, si la rectificación es inevitable, proceder como si a nadie se le hubiese ocurrido antes: “El gobierno, preocupado por el bienestar nacional, ha decidido...”

Al ser, en esta cultura, incompatible la autocrítica con *la dignidad del poder*, quedan a mano diversos recursos. El predilecto es “la conspiración al servicio de intereses inconfesables”. Si éste no es posible, la culpabilización de las circunstancias internacionales, las acusaciones implícitas al régimen anterior y la catalogación de buenos

propósitos. En el caso de San Juanico, la maniobra autoexculpatoria se configura el 19 y el 20 de noviembre de 1984, aprovechando a ese retrato brumoso y exacto del Sistema, los Funcionarios Menores, que para dejar o no dejar de serlo, deben vivir en continua alabanza de sus superiores: “Consciente del drama que enluta a muchos hogares, el Señor Regente ordenó...” “Debido a las rápidas disposiciones de la administración federal, se ha conseguido...” No hay límite a la tendencia a extraer dividendos de la tragedia. Transcurridas las primeras horas, el elogio a los contribuyentes: “Esta deslumbrante muestra de solidaridad nos llena de orgullo a los mexicanos”. Controlada la situación, las promesas de seguridad: “Se protegerá a la ciudadanía... Se investigará a fondo”. Hay actos de “realismo mágico”: la última imagen de un programa sobre la rehabilitación de San Juanico, es un pergamino que dice: “Los habitantes de San Juanico le dan las gracias al Señor Presidente de la República”. Hay intercambio de discreciones: el cacique del sindicato petrolero, Joaquín Hernández Galicia, entona el himno de la concordia: “Aunque nos costase la vida podríamos cobrar las agresiones aprovechando la gran tragedia de San Juan Ixhuatepec, donde también murieron petroleros; pero no, en el gremio hay hombres, hay amigos y gente leal que ante el gran siniestro nos unimos con Pemex para enfrentar la tragedia y el dolor”. Hay satisfacción ante la abundancia desde el mismo 19 de noviembre, y el delegado de la Gustavo A. Madero se solaza: “Tal generosidad y voluntad expresadas (de los donativos) han satisfecho con excesos las necesidades de las personas damnificadas”. Hay la joya declarativa: el director de Prevención y Control de la Contaminación Atmosférica del DDF, Enrique Riva Palacio, se ufana: “En San Juanico se pondrá en marcha un programa de amortiguamiento visual” (modo sencillo de referirse al jardín que sustituiría a la planta de Pemex).

No hicieron mayor falta los resultados de la investigación oficial. Lo fundamental lo dan a conocer durante tres días las imágenes reiteradas en los periódicos y la televisión. Al permitírsele a “la mancha urbana” (elegante sustituto de “la lepra de la pobreza”) atrapar y ceñir a las instalaciones de Pemex y de las empresas gaseras, se propició la tragedia a un plazo indeterminado. La frase de Keynes (“Alargo plazo todos estaremos muertos”) se sustituye ritualmente: “A largo plazo ya no estará aquí el funcionario que aprobó el asentamiento”. Tan brutal “falta de previsión” obligaba a una apreciación detallada de lo sucedido, así no sea muy realista esperar de un gobierno (de cualquier gobierno) que le

conceda puntos a la oposición. Pero ante cámaras y micrófonos, el Estado sólo reconoce la posesión de la verdad y de la solución del problema: “Lo fundamental para nosotros no es tanto encontrar quién fue el responsable, sino ayudar a los damnificados”. Hallar al *responsable* sería proclamar el fracaso de una política que es en rigor un gajo de la historia del capitalismo industrial y de su creación salvaje de ruinas acechadas por el “ejército industrial de reserva”.

Pasados los días de rescate y duelo, no disminuye en lo más mínimo el triunfalismo del discurso oficial, no se reconocen errores (que en la lógica capitalista no lo son tanto; más bien “percances en el proceso de abaratamiento de costos”), ni se replantea en forma alguna el endiosamiento del progreso a cualquier costo, el proyecto que ha querido agotar en tres generaciones todos los recursos del país. Éste es el fondo del debate: para el Estado, lo de San Juanico es “anécdota dolorosa”, algo que no debió ocurrir, pero que no se transforma en objeción significativa a sus planes de desarrollo. Sincera o rígidamente actuada, la aflicción estatal nada tuvo que ver con la reconsideración de una política, sino con los inconvenientes que a esa política le provocan “anécdotas dolorosas”. Por eso, no sé si Enrique Krauze tiene razón cuando señala la “insensibilidad moral” del Estado al no suspender el desfile deportivo del 20 de noviembre y al no igualar siquiera la conducta del ayuntamiento de Madrid, que puso la bandera española a media asta en señal de duelo por el desastre industrial mexicano. En todo caso, considero una equivocación mayor del Estado no aceptar en la tragedia del 19 de noviembre más causa o antecedente que la tragedia misma.

X. EL MODO DE PRODUCCIÓN ALEMANISTA

En la indiferencia por la vida humana se ha fundado el capitalismo que padecemos. El hacinamiento con-diversión- a-horas-fijas en su “ilusión de libertad” para las masas, y su meta es la explotación veloz, exhaustiva, de lo que esté a su alcance (la iniciativa privada resumió su filosofía en una consigna, transmitida a la mentalidad estatal: “*Todo el dinero y pronto*”). Sólo las cuentas bancarias son logros imperecederos. Por eso, la corrupción gubernamental en este siglo le debe más al contagio de la prisa adquisitiva de industriales y

empresarios que a las concepciones del patrimonialismo). Con tal de darle libre curso a su ánimo voraz, el capitalismo mexicano rindió tributo verbal a la Eficacia y la Productividad y, en la práctica, promovió la ineficacia y la improvisación laboral, no por resignarse ante el inalcanzable desarrollo tecnológico, sino *como* estrategia de fraude. El pretexto resultó irresistible para un número de industriales mucho mayor del que se admite: si la renovación tecnológica adecuada es tan cara y está tan fuera de nuestras posibilidades, hagamos de nuestras limitaciones otra fuente de riqueza. Bienvenidas entonces la indiferencia ante las normas de calidad, y la intensificación de la fatiga y de las pésimas condiciones de seguridad de los trabajadores. *Producir mucho* ha sido frase con traducción simultánea: “producir a *como* dé lugar, como salga, engañando al fisco, empleando materiales deleznable y al costo humano que sea preciso”. (La generalización es válida, porque la suma de las excepciones no nulifica el criterio general.)

En tal ánimo depredatorio se engendra, masivamente, la famosa “irresponsabilidad” a la que algunos atribuyen los desastres industriales (“El trabajador se descuidó... El operador estaba borracho”). Pero la *irresponsabilidad* alentada por el capitalismo no es falla caracteriológica del mexicano, sino un programa a gran escala que incluye la burla a las exigencias mínimas de consumidores y usuarios, el rechazo a cualquier capacitación laboral y la identificación entre “mano de obra no calificada” y “rasgos idiosincráticos”. Es el ámbito del caos rigurosamente aprovechado, de la santificación de ineptitudes que garantiza el éxito de la campaña ideológica y cultural donde, fatalistamente, El Mexicano (categoría inventada para su mejor estudio y aprovechamiento) es siempre una criatura de la irresponsabilidad.

XI. LA POUTIZACIÓN DE LA TRAGEDIA. LOS DAMNIFICADOS

En respuesta a críticas, un ideólogo del PRI se negó a “revestir con signos políticos el intenso dolor humano colectivo”. Si hay un dolor que no admite politización, es también *u.so político* de la desgracia aislarla, considerarla un hecho sin antecedentes ni consecuencias, y olvidarse de la que quizás sea su causa general más destacada: la conversión de Pemex de industria básica en *razón de ser* del presupuesto federal, ante la

cual todas las demás consideraciones resultan secundarias. Pemex es primero, y esto explica en gran medida por qué, pese al ministerio de Estado centrado ya en esta palabra, la ecología es, en lo básico, asunto ajeno a los programas de gobierno. *Escojan: o Pemex o el cuidado de la ecología. ¿O les gustaría disfrutar de un aire purísimo pero en chozas y cavernas?* Y si tanto les preocupa, un consejo sardónico: adiestren a sus hijos para que construyan la democracia con escafandras y bajo tierra (el oxígeno, entre los elementos de la nostalgia de los años cuarenta).

El de México es, en todo lo que no se relaciona con la vigilante conservación del poder, un-Estado-a-corto-plazo: todo se programa de aquí a la erosión de estas tierras, de aquí a la designación del nuevo gobernador o del nuevo jefe de oficina, de aquí a la desaparición de estos bosques, de aquí al próximo sexenio, cuando a otros les toque oír erráticamente las protestas. Y el-Estado-a-corto-plazo sólo se atiene a sus realidades más estrictas, la fe en las fuerzas públicas y en el suministro económico de Pemex, los elementos que neutralizan o minimizan las “bombas de tiempo” que cada administración le entrega a la siguiente. Y en el caso de San Juanico tal jerarquización estricta obliga a una “táctica de ocultamiento”: hacer que el hecho transite paulatinamente de tragedia industrial de la nación a drama de pueblo.

En el ocultamiento, la ayuda a los damnificados desempeñó un papel fundamental. Transcurrida la solidaridad espontánea, sobreviene el control institucional de las donaciones con su folclor urbano inevitable: el Canal 13 subasta, por ejemplo, la ropa que usó el actor Héctor Suárez en *El Milusos*, el uniforme del mánager de los Diablos Rojos, la sudadera de un entrenador de basquetbol, el anillo de la buena suerte de un locutor. El primer día, la Secretaría de Gobernación rehúsa agradecidamente los ofrecimientos de ayuda de gobiernos extranjeros (con excepción de cinco millones de pesos que entregó el embajador de Estados Unidos), y aclara: “La solidaridad del pueblo mexicano ha excedido las necesidades de ropa, utensilios domésticos y medicina”, pero en las semanas siguientes las quejas de los damnificados matizan el panorama. La solidaridad fue extraordinaria, ¿pero en dónde está, en quiénes se ha vertido el dinero, las toneladas de alimentos, los 4 200 millones de pesos del Fondo de Solidaridad, las casas ofrecidas por el Infonavit, las licuadoras, las estufas, las vajillas, los refrigeradores, los días de sueldo de sindicatos, el importe de las ventas globales de Bimbo y Comercial Mexicana en una jornada, los

festivales de solidaridad, los encuentros de box, los bazares navideños de las secretarías de Estado. Las quejas se acrecientan, pero la solución rectificadora no llega; no hay censo de los desaparecidos, no se investigan sus nombres, no se establece debidamente la lista de los damnificados.

A las dos semanas del desastre, en las paredes de casas y comercios de San Juanico, hay pintas; “Fuera Pemex / San Juanico, igual que Hiroshima, en el desastre / Pemex asesina / Respeto a los caídos, desprecio a los culpables / Dónde está la ayuda”. [Proceso 423.] Listones negros, larguísimas colas para obtener víveres, atención médica, cobijas, colchones, catres. El reparto es raquítrico y algunos productos de las despensas son inservibles o están echados a perder. La señora Irma Maceda le explica la situación a los reporteros Campa y Monje; “La atención que hemos recibido es mínima. Apenas nos dan para comer. Son puras mentiras. Si es cierto que hay suficientes alimentos y ropa, ¿por qué no los hemos visto?” El gobierno reconoce los derechos de 153 familias cuyas viviendas fueron arrasadas. Se ofrecen casas en la colonia del Valle de Anáhuac, desde ahora Colonia Nueva Solidaridad. Quienes las aceptan, en su mayoría ex-arrendadores en San Juanico, las encuentran pequeñísimas, alejadas por completo del mucho más espacioso modelo rural de las autoconstrucciones de San Juanico.

La pobreza se topa con la burocracia. Promesas, papeleo, colas, frustraciones, aprendizaje de siglas pomposas (Instituto de Acción e Integración Urbana del Gobierno del Estado, por ejemplo), búsqueda de documentos que acrediten la existencia, ofrecimientos de los que ya nadie informa al cabo de una semana. Mucho se entrega, pero lo que falta es considerable. Todavía en un mitin de febrero, se denuncian las indemnizaciones ridículas, las amenazas para impedir la presentación de nuevas demandas por reparación de daños, el hurto de dinero, y, lo último, los trapos viejos, los pares de zapatos disparejos y las migajas de los comestibles que se les dieron como toda constancia de la solidaridad (*La Jornada*, 17 de febrero de 1985).

XII. LA ORGANIZACIÓN Y LAS REPRESIONES

Antes de la catástrofe, en San Juanico no había de hecho organización alguna de vecinos. A

los tres días de la explosión, empiezan las asambleas populares. Poco a poco los vecinos se animan, discuten, quieren persuadir a los reporteros, forman comisiones para ir con las autoridades, se enfrentan a murallas burocráticas, se ven cercados por los gestores del PRI y los activistas de izquierda. Su primera exigencia es fundamental, que se informe con detalle de la ayuda recibida y que sea el pueblo quien administre los recursos.

En vez de una respuesta, mantas del PRI que proclaman el apoyo al gobierno, la gratitud imperecedera. Pero ya han dejado de ser las Víctimas del Día y se han convertido en habitantes de una “zona remodelable”. Ellos argumentan hasta la exasperación en sus asambleas, y demandan la aparición de la ayuda, la rectificación del número de muertos, las indemnizaciones justas (que no deben ser menores, por persona fallecida, de 3 millones 500 000 pesos, *sin* deducciones por ningún concepto), el *carnet abierto*, con reconocimiento oficial para que con él reciban atención médica o psicológica los afectados física o moralmente por el desastre, la cirugía plástica para las personas con marcas en la cara o en el cuerpo.

El forcejeo con las autoridades se ritualiza. Un organizador de mítines es asesinado. El párroco de San Juanico es trasladado a otro sitio “por su actitud rebelde”. Aislados, los vecinos ven convertirse en rezongo simbólico su exigencia de reubicación inmediata de la zona de las empresas gaseras y de las industrias peligrosas. Es inútil. Están dejando de ser noticia para volverse paisaje “pintoresco”. Ahora sólo son habitantes de una colonia popular, y las autoridades les harán caso “cuando lo juzguen pertinente y en la medida en que sea justo”.

20 de febrero de 1985

2. De las consecuencias sociales

¿POR QUÉ PASARON DE MODA LOS CHISTES DE SAN JUANICO?

R: PORQUE SE QUEMARON MUY RÁPIDO.

Antología temática A

1. *¿Cuál es el colmo de los habitantes de San Juanico?*

R: Pedir que les incineren a sus muertos.

2. *¿A qué juegan los niños de San Juanico?*

R: A las manitas calientes.

3. *¿Por qué se enojaron los de Tepito con los de San Juanico?*

R: Porque no los invitaron al reventón.

4. *Una señora va a adoptar a un niño de San Juanico y le preguntan en qué término lo quiere.*

EL INSULTO COMO DIVERSIÓN

A menos de dos semanas de la tragedia, aparece de golpe, pulidamente homogénea, la epidemia de chistes de San Juanico. La clase media se ha topado con otro filón de temas de conversación casual, refrendando el éxito de los insultos aderezados contra quienes se considera primitivos o ignorantes o estúpidos o socialmente repugnantes o simplemente feos (nada mejora tanto los chistes como disponer de la hostilidad previa contra su objetivo).

En este caso, una novedad es la prescindencia de remilgos. La señora de sociedad va con su peinador y le cuenta: “*¿Qué te pareció lo de San Juanico? ¡Qué barbaridad! Si llega a pasar en Las Lomas, es una tragedia*”. Al contar el chiste, nadie se siente obligado a justificarse. Está claro: el choteo vale porque nos divierte, nos ampara la tradición del 2 de noviembre, o la existencia misma de San Juanico o, sobre todo, lo que sabe de su auditorio el portador de la estafeta de la burla memorizada. A los chistes de San Juanico los hace permisibles el éxito en cadena. El primero a quien se le contaron los festejó, y de allí en adelante, la falta de resistencia social fue el gran aval humorístico.

A modo de ubicación panorámica quizá valga la comparación con una “moda” cultural de Estados Unidos: los chistes de escarnio contra las minorías. En su análisis de los *tasteless jokes* o chistes de mal gusto, Walter Goodman los explica a partir de una causa general, la

liberación progresiva del lenguaje, y de una más específica: quienes derivan su sentido del humor del insulto obsesivo o a negros, polacos (considerados sinónimo de “tontería”), homosexuales o inválidos, no hallarían espacio para sus ataques, si estas minorías no hubiesen fortalecido grandemente su posición. Los que se ríen de los *tasteless jokes* no son necesariamente ultrarreaccionarios; su reacción feliz es más fácil porque los insultados “ya la han hecho” de alguna manera. Probablemente los insultos resulten también un homenaje invertido a negros, homosexuales, incluso inválidos, por haber alcanzado un sitio más sólido en la sociedad norteamericana, en comparación con el muy precario que ocupaban hasta hace poco.

Lo anterior no se aplica al caso de México, donde, por lo contrario, algunas minorías y todas las mayorías sujetas a vituperio distan mucho de “haberla hecho”, en el orden de los avances sociales y económicos. Al “humor público”, tan espontáneo como todos los ritos seculares, lo han guiado por lo común sensaciones de prepotencia, que depositan el hallazgo cómico en el chiste y en su verdadero remate: la superioridad manifiesta de quienes lo celebran. Es el humor del precoz descubrimiento masculino de los “misterios del sexo” (los chistes de Pepito), de la inferioridad *natural* de la mujer (situación bufa por excelencia), de la semihumanidad de los indígenas (que hablan mal el español porque viven debajo de la realidad), de la chacota a costa de los homosexuales (definidos jocundamente desde la descripción: “Iban unos cachagranizo por la calle...”), del desprecio a los pobres, a los viejos, a los inválidos, a los poseedores de un defecto físico. Muchos de estos chistes ni siquiera necesitan serlo, basta arremedar la “media lengua” del indígena, las dificultades de comprensión de “mormados” y gangosos, la voz quebradiza y sensualona de los homosexuales... y la risa exalta la conciencia de la salud, el ánimo civilizado, la normalidad sexual y psíquica de quien la emite.

En Estados Unidos hay quienes sostienen, funcionarios incluso, que los chistes contra las minorías son catárticos: si el odio está allí, será oportuno todo lo que destape la presión. En México, hasta donde esto es perceptible, los chistes en la agresión no resultan, a excepción de los dirigidos a los homosexuales, expresiones de odio sino breves ceremonias de predominio. *El chiste de este chiste es que confirma, con relajo, lo que yo ya sabía de esta especie degradada.* Por lo demás, aún no se inicia responsablemente el examen de la opresión psíquica y social que estos chistes condensan, amplían y divulgan. En este sentido,

los medios masivos, al continuar la tradición del teatro frívolo, confirman con sus estereotipos del indígena (Madaleno, la India María, los personajes de Luis de Alba, etcétera), la imagen que la realidad sustenta. Pero todavía a ninguna organización le ha parecido oportuno el análisis crítico y la denuncia política de estas manifestaciones del desprecio que se divierte.

Antología temática B

4. *¿Por qué los habitantes de San Juanico no pusieron arbolitos de Navidad este año?*

R: .porque le tienen miedo a las esferas.

5. *Ahora el día de fiesta para los de San Juanico ¿será el miércoles de Ceniza!*

6. *¿Cómo se le hace para que quepan 90 niños de San Juanico en un Volkswagen?*

R: ¡Metiéndolos en un cenicero!

7. *¿Qué le pidieron los niños de San Juanico a los Reyes Magos?*

R: Un carrito de bomberos.

En los últimos 10 o 15 años, un nuevo humor se ha impuesto, fruto de las concentraciones urbanas y del acoso demográfico que azora a las élites. La novedad explicable de este humor es que lo comparten muchos de los agredidos (la internacionalización del racismo) y que surge en torno a una palabra, *naco*, que de inmediato desata una turba de imágenes donde el delito mayor del hombre es no parecerse a Robert Redford. El término *naco* sustituye a *la raza de bronce* (*¡clang!, ¡clang!*) y hace las veces de nicho racista y clasista, elemento de autodenigración que quiere ser técnica de exculpamiento, y fuente de humor diversificado, donde *lo naco* es sinónimo, a conveniencia, de mal gusto, dejadez, apariencia terrífica, tontería fatal: “¿Cómo llamas a un naco con medio cerebro? R: Superdotado”. Y el cuento típico:

Llega un naco a un restaurante de la Zona Rosa. Revisa con cuidado el menú y exige: “Para empezar, me da un giuseppe verticelli”. El mesero palidece: “Perdón, señor, ése es el propietario”.

Como de costumbre, muchos de estos chistes son adaptaciones de los correspondientes en Norteamérica, y dependen en gran medida de la imitación —con homenajes de reconocimiento formativo a Cantinflas, Resortes, Mantequilla, David Silva y Héctor Suárez— de la voz y los ademanes del naco. En medio del vituperio de la nueva especie, los cómicos atisban un filón (interpretarán a nacos para complacer a sus espectadores agrediéndolos), y el cine vislumbra una veta temática y fisonómica. El impulso de la palabra *naco* es tan fuerte que por sí solo dicta situaciones, personajes, atmósferas urbanas (de “la región más transparente” al “hoyo naco”). Si las películas de ficheras recrean lo que la burguesía (y sus alrededores sentimentales) califican de *naquez*, *El Milusos* y su interminable secuela, al mostrar la odisea de los inadaptables, le consigue por fin un rostro perdurable al naco: *¿A qué vienes? ¿Por qué no te largas a tu madriguera? ¡Mírate la cara! ¡Contéplate la expresión de asombro ante la modernidad! No estás en el rancho y ya deja de venerar los poderes del interruptor de luz. Sí, para eso sirve.*

Se establece el nuevo arquetipo del humor instantáneo. ¿Quién más apto para suscitar carcajadas que el alejado desde siempre del ideal gringo y de las bondades del capitalismo? El naco es un chiste viviente mientras se quede en su lugar, maldiciendo al cielo que no le consigue trabajo y adhiriéndose, en las buenas, el *polyester look*. La adivinanza remite al humor remodelado de oficina: ¡Qué fue primero: el naco o el taco? El prestigio negativo del naco crece con cada nativo cobrizo que se siente criollo.

Todo está dispuesto para el florecimiento de un efímero pero sustancial sub género del “humor naco”, los chistes de San Juanico. Al respecto, la pregunta inevitable: ¿cómo pudieron cristalizar tan estruendosamente? Dos semanas antes de que cundieran, la catástrofe del 19 de noviembre convocó la mayor solidaridad conocida en el México de las últimas décadas, una solidaridad magnífica y tangible, del pueblo consigo mismo y de los ciudadanos ante los riesgos del futuro inmediato. El Estado y los medios masivos festejaron sin tregua la hazaña de la solidaridad, que por momentos opacaba al desastre mismo... y pasado el fallido escamoteo (“Donde dice *devastación* ponga *solidaridad*”), emergió, sobre todo en los sectores medios, una respuesta de extrañeza: tampoco somos tan nobles. En el ámbito de recelo ante la generosidad colectiva, brotaron y se esparcieron los chistes de San Juanico, primero, hasta donde se sabe, en las escuelas particulares, luego en las oficiales y, al final, consagratóricamente, en las rutinas de los cómicos de cabaret.

Antología temática C

9. *¿Cuál es el refresco preferido de los habitantes de San Juanico?*

R: Tehuacán sin gas.

10. *¿Cuál es la línea aérea preferida de los habitantes de San Juanico?*

R: Aeropemex.

11. *¿Qué le pidieron los niños de San Juanico a Santa Clos?*

R: Una pelota para jugar a los quemados.

El cómico concluye su chiste y aguarda la carcajada atronadora y la ovación. No falla. Noche tras noche, los chistes de San Juanico levantan el show, prueban la eficacia de la comunicación, *ándele, deje a esa señora, que es casada, no vaya a terminar corno Juana de Arco en San Juanico, ya los quisiera ver a ustedes también rostizados...*

Es axiomático. El cómico se explica la hilaridad porque el tema está de moda, porque el mexicano gracias a Posada y a la desnutrición se ríe de la muerte porque si yo de ésta me salvé mejor me río. Otros, en campos más doctrinarios, interpretan diversamente los chistes de San Juanico:

—son la catarsis de una sociedad culpable que, incapaz de soportar por más tiempo la tensión, pretende exorcizar con risas lo que de otra manera sería insoportable.

—son fiel expresión del tradicional sentido del humor macabro de nuestro pueblo que, como ya es proverbial, “se divierte jugando a los volados con la vida, y a veces, con la muerte”.

—son una muestra de solidaridad “confianzuda”, el método más fácil para prolongar el contacto con una realidad apenas entrevista.

—son “una forma de hacer reír y por tanto un especial concepto de cómo enfrenta un sector de mexicanos la realidad que... con la crisis económica se ha fecundado con inusitado vigor: pienso que se trata simplemente de la práctica nacional del llamado humor negro”. (Edmundo González Llaca, *Excélsior*, 20 de diciembre.)

Al carecer de las cualidades de quien se sumerge en el in-consciente colectivo, ratifico mi creencia inicial: los chistes de San Juanico son una variante de los chistes de nacos, y

son otra vertiente del humor, *político* en primera y última instancia, según el cual lo más notorio de la marginación económica y social es su condición hilarante (“Traían unos harapos que te morías de risa”). La culpa, la catarsis, la psiquis dolorida, la irresponsabilidad tradicional, el coqueteo con la Huesuda, el humor negro, son exégesis maravillosas para otra circunstancia. En lo relativo a la catarsis, no recuerdo chistes judíos sobre Auschwitz o, en México, ingeniosidad alguna sobre la matanza del 2 de octubre. Hay descargas emocionales que no admiten la vía del chiste. En lo tocante al “humor negro”, éste (en la medida en que es definible) se ha centrado en la familiaridad con lo macabro, en el juego literario con sentimientos tan sacralizados como el terror a la muerte o el respeto litúrgico y abstracto a la vida humana. En el texto clásico de Jonathan Swift, *Una modesta proposición*, la gracia —es penoso explicarlo— no se produce a costa de los niños canibalizables, sino de la obscenidad de los ricos. En todo caso, el humor negro, incluso en el chiste, se desprende de la reducción al absurdo de instituciones y arquetipos, y del ejercicio de la fantasía literaria, no del vituperio de seres concretos en desgracia. Ejemplo involuntario: “Si querían sangre, con la que yo he derramado es bastante” (el general a cargo de la acción en Tlatelolco, entrevistado en el hospital el 3 de octubre). Ejemplo voluntario: “Y aparte de eso, señora Zapata, ¿le gusta Chinameca?”.

Quien festeja la frase: “En San Juan Ixhuatepec no se sirven tacos al carbón, sino nacos al carbón”, se ha regocijado previamente con la idea (visual y auditiva) de los nacos, y en ese momento la imagen de un naquito, tan parecido a Cantinflas o a los cantantes de la Sonora Santanera o a los vecinos del barrio en donde ya no habitará jamás si Dios quiere, le resulta desternillante. “*Nacos al carbón*”, la enorme tragedia se disuelve en el recuerdo del metro Pino Suárez, tan colmado de voces y aspecto alborozadores. Si, como afirma William James, la palabra “perro” no muerde, la palabra “naco” tampoco ensombrece el ánimo de quienes no consideran serlo, no, para nada.

El de los chistes de San Juanico es en stricto sensu, un humor prefabricado: si los nacos (como antes los pelados y mucho antes los léperos) son motivo intrínseco del relajó, los nacos jodidos al límite lo serán más todavía. Esto ni siquiera requiere de una plena conciencia. Es la herencia acumulada del humor de los vencedores y de los capataces o, si se quiere rebajar la contundencia de esta frase, del humor de los secretarios de los vencedores y de los nietos de los capataces. Pese a que el Papa esforzadamente la condena

por su condición diabólica, la lucha de clases persiste, impregna incluso el renglón de los chistes y su fuerza es tal que en ocasiones alinea a las víctimas del lado de la psicología de sus enemigos.

Si la única fuente de “humor” percible en los chistes de San Juanico es el choteo de la expectativa en el mundo de la pobreza, la técnica invariable es la degradación de los damnificados. Algo se sugiere: en rigor, la tragedia es un género “que como que no le va a los pobres”, al cabo ellos se mueren rápido de cualquier cosa; la tragedia es patrimonio exclusivo de los héroes y de los grandes amantes y así está bien. En abstracto y en potencia, son hechos trágicos la contaminación atmosférica y el Distrito Federal convertido en bomba de tiempo. La muerte sorpresiva de tanto marginado sólo será trágica si no recordamos su apariencia física. ¿Hay para este humor encarnizado una explicación posible aparte de la derivada, muy a grosso modo, de la psicología social? Si su existencia no parece producto de una conspiración (¿en qué puede ayudar al sector empresarial la conversión de la solidaridad en mofa?), la técnica de su difusión sí recuerda, y en demasía, las efectivísimas campañas del rumor de la escasez de gasolina en 1968, los chistes sobre la tontería del presidente Luis Echeverría, la “esterilización masiva” de los niños. Con estos rumores sucedió lo mismo que con los chistes de San Juanico. Nadie sabía de ellos. Al día siguiente, todos los repetían. Si se trata o no de una campaña dirigida, es hipótesis imposible de verificar. Pero hay un hecho más importante que cualquier teoría de la “conspiración”: para que un rumor o una serie de chistes florezcan, recúrrase a la avidez con que un muy numeroso sector urbano acoge cualquier noticia sobre su seguridad, con estremecimiento apocalíptico y negándose a cualquier empleo de la lógica si existe la mínima sombra de peligro; con jolgorio, si está cabalmente asegurada (no hay instalaciones de Pemex cerca del Pedregal, Coyoacán o la Colonia del Valle). Eso no fallará, tanto más si los funcionarios se empeñan en contradecir públicamente el rumor, o hay la certeza de que los afectados no tienen manera de reírse de sus burladores.

En esas estamos. Dígase mañana que el gobierno piensa agregar por ley en cada hogar de clase media a un pobre para que allí se desayune, coma y cene, y muchísimos lo creerán. Láncese una andanada de chistes sobre las condiciones de promiscuidad en Ciudad Neza y, si hay algún apoyo de la nota roja, muy posiblemente se pondrán de moda. En la crisis la información: más confiable para las clases-no-tan-desposeídas es el recuento de sus

posiciones, y el humor más entusiasmante es el que les confirma su status de “sobrevivientes de lujo” ...*Sí, claro que lo de San Juanico fue una hecatombe. Por supuesto que me refiero a la escasez de gas.*

Los chistes se evaporarán y persistirá la memoria y la necesidad vigorizada de la solidaridad popular en el desastre.

31 de diciembre de 1984